

Los inicios de la novela corta en México

ÓSCAR MATA

UAM-Azcapotzalco

Resumen. Es un estudio de los principios de la novela corta en México durante los años que siguieron a la Independencia de España. El advenimiento de este género intermedio estuvo muy ligado a las expresiones de nacionalismo, comunes a todo país que acaba de conquistar su libertad política y social. Se ven las aportaciones de no pocos autores que alcanzaron prestigio por su producción en otros géneros literarios y que incursionaron en el campo de la novela corta; mención especial merece la célebre Academia de Letrán. El artículo se ocupa de una docena de autores prácticamente desconocidos en la actualidad, pero que participaron de manera determinante en el nacimiento de la narrativa mexicana, por medio de la escritura de "novelitas" o "ensayos novelescos".

Si bien durante los años iniciales de vida independiente no estaban dadas las condiciones para el surgimiento de la literatura, según apuntó Guillermo Prieto, en poco tiempo la situación cambió. Con las transformaciones políticas y sociales que produjo la emancipación del yugo español, se dieron los cambios necesarios para el surgimiento de la narrativa en México. Algunos de ellos fueron: la desaparición de la censura virreinal, la polémica entre clasicistas y románticos, las disputas políticas, el surgimiento de la Academia de Letrán y, principalmente, la publicación de periódicos y revistas literarias. En esta nueva situación de libertad, vida en pleno auge del Romanticismo, los escritores mexicanos, como los del resto de América Latina, simplemente se sentaron a escribir narrativa, el género antaño prohibido. Y la escribieron.

Los productos iniciales, como es natural, resultaron incipientes, muchos, de escaso valor literario y la gran mayoría, no exentos de errores. Sin embargo, en esas obras está el nacimiento, el germen

de nuestra narrativa. En México, a lo largo de la primera mitad del siglo XIX el nuevo género se populariza con rapidez, aunque todavía no adquiere forma artística, por lo cual se le considera un género menor. La novela corta es cultivada paralelamente a la novela y al cuento.

A partir de 1835 se advierte la proliferación de relatos, de cuentos y, finalmente, de narraciones menores de las cuatro mil palabras que hoy podemos adecuadamente llamar novelas cortas, pues son textos más extensos y elaborados que un cuento y, por otra parte, carecen de la longitud y la complejidad de una novela. En sólo una década y media, de 1835 a 1850, se publicaron no menos de noventa novelas cortas —el número bien podría rebasar la centena— en los diversos periódicos y revistas literarias de la época, que invariablemente publicaban una o varias “novelitas”, junto con entregas de novelas, poemas y otros géneros literarios.

Al respecto afirma Étiemble:

en los países que acaban de obtener su independencia se asiste a un nacimiento (que no renacimiento) de la novela corta, que viene a sustituir a los géneros tradicionales: cuentos folklóricos, leyendas, literatura cortesana, y pretende llegar a una literatura comprometida (135).

El crítico francés advierte que esta tendencia puede fácilmente caer en el dogmatismo político y el puritanismo revolucionario, que dan a las obras cierto carácter folletinesco, del que obviamente no escaparon las primeras novelas cortas mexicanas. Así, por sólo citar tres casos, *El criollo* de José Pacheco se inicia con una perorata en contra de los privilegios de que disfrutaron los españoles durante la Colonia y las desventajas que padecían los criollos por el mero hecho de haber nacido en la Nueva España; “El crucifijo de plata”,¹ de autor anónimo, narra las hazañas de un personaje que se lanza a la lucha independentista bajo las órdenes del generalísimo José María Morelos; “Ricardo y Laura. Novela mexicana”, también de autor anónimo, muestra cómo, en la liber-

¹ De aquí en adelante, los títulos de las novelas que se publicaron solas aparecen en cursivas; las que aparecieron junto con otras, entre comillas.

tad, criollos y mexicanos podían ascender rápidamente en la escala social.

No es fortuito que algunos autores mexicanos de entonces produjeran novelas cortas a manera de prueba o ensayo de composiciones más extensas. La novelística inicial de un país joven guarda no poca semejanza con los primeros cuentos y ensayos de novelas de los escritores que apenas se van adentrando en el arte de novelar.

Las primeras novelas cortas mexicanas oscilan entre las cuatro mil y las quince mil palabras. La mayoría de ellas parecen haber sido escritas por encargo, siguiendo un esquema que había probado su aceptación entre el público, y con el propósito de ocupar un espacio predeterminado en alguna publicación. Casi todas siguen el mismo esquema: primeramente se procede a crear un ambiente cualquiera (el de las luchas civiles en México, el de una procesión, el de las fiestas decembrinas, etc.); después se presenta un hecho que rompe cierto equilibrio (casi siempre un enamoramiento, otras veces un viaje o una muerte) e inicia una secuencia narrativa que culmina de manera sorpresiva mediante una revelación; ésta puede consistir en el conocimiento de un nombre o un secreto, en la presentación de algún objeto valioso, como un anillo, un rosario de concha nácar o un crucifijo de oro. No pocas veces conocemos la historia de la novela corta por la narración que uno de los personajes hace a otro, casi siempre durante la noche. Se trata, pues, de los clásicos recursos decimonónicos utilizados en textos de mediana extensión.

Las primeras novelas cortas mexicanas van dirigidas a un público "numeroso", dentro de las modestas proporciones del mercado mexicano de lectores; la terminología actual podría llamarlas obras de consumo. Fueron escritas copiándose a modelos europeos popularizados a través de folletines que el público, materialmente, devoraba, en especial las mujeres. Sin embargo, las revistas que las publicaban siempre tuvieron una vida efímera, síntoma de que no constituían un buen negocio.² Si para el editor las ganancias

² En el estudio preliminar de su antología, en la que incluye dieciséis novelas cortas, de doce autores, Celia Miranda Cárabes menciona las más importan-

eran paupérrimas o inexistentes, algo parecido debió sucederle al escritor, que trabajaba en la creación de una novela corta a sabiendas de que su trabajo de novelista le valdría, si acaso, un solo pago, en comparación con los repetidos cobros que significaba una novela extensa, compuesta por docenas y docenas de entregas. En otras palabras, estas obras no eran escritas por afán de fama o de lucro, sino por gusto; acaso también como un ejercicio literario.

La lectura de las novelas cortas mexicanas del siglo XIX ofrece una visión muy novedosa del panorama de nuestras letras en la centuria pasada. Poetas como Ignacio Rodríguez Galván, que también fue dramaturgo, incursionan en la narrativa, lo mismo que un gramático y filólogo de la talla del aristócrata José Justo Gómez de la Cortina, Conde de la Cortina. La novela corta también fue cultivada por periodistas e historiadores, como Francisco Zarco y Justo Sierra. A través de la novela corta es posible conocer otra faceta en la producción de narradores tan importantes como el cuentista y poeta José María Roa Bárcena o Manuel Payno, a cuya pluma debemos las kilométricas novelas *El fistol del diablo* y *Los bandidos de Río Frío*. La novela corta mexicana del siglo XIX, entonces, fue escrita por hombres de letras y literatos de las

tes revistas del periodo comprendido entre los años 1837 y 1855: *El Mosaico Mexicano*, de la cual aparecieron siete volúmenes de 1837 a 1842; *El Museo Mexicano*, de 1843 a 1845; *Calendario de las Señoritas Mexicanas*, con cinco volúmenes, correspondientes a los años 1838 a 1841 y 1843; *El recreo de las familias*, que únicamente apareció seis meses en 1838; *El Museo Popular*, de 1840; *El apuntador*, dedicada al teatro, con una sección literaria; *El Año Nuevo*, de la que sólo se publicaron dos volúmenes en 1844; *El Ateneo Mexicano*, nombre de la sociedad literaria, publicado en 1844; *Revista Científica y Literaria de México*, que circuló en 1845 y 1846; *Presente Amistoso Dedicado a las Señoritas Mexicanas*, de la cual se editaron tres volúmenes, correspondientes a los años 1847, 1851 y 1852; *El Álbum Mexicano*, dos volúmenes en 1849; *La Semana de las Señoritas Mexicanas*, de 1850 a 1853, y *La Ilustración Mexicana*, con cinco volúmenes, de 1851 a 1855. Celia Miranda también menciona una revista de provincia: *Registro Yucateco*, editada en Mérida de 1845 a 1847 y en 1849, por los antiguos redactores de *El Museo Yucateco*. Como puede verse, todas ellas tuvieron una existencia corta. La excepción que confirma la regla es *El Siglo Diez y Nueve*, que apareció por más de cincuenta años, desde 1841 hasta 1896; sin embargo, se trataba de un periódico político que contaba con una sección literaria, en tanto que los otros títulos corresponden a revistas literarias y culturales, algunas de ellas, dirigidas a un público femenino.

más variadas tendencias, de los más diversos intereses. Y aunque se sirvió del folletín, en algunos casos su calidad estuvo por encima de la de los extensos novelones que se editaban en ese medio.

El término *novela corta* fue desconocido en México durante el siglo xix. En vano se le busca en portadas, portadillas y falsas de libros. No parece haber sido impreso antes de 1900, cuando Victoriano Agüeros edita el primer volumen de novelas cortas de José López Portillo en el número 27 de su Biblioteca de Autores Mexicanos. Sin embargo, sí se tenía conciencia de este género intermedio. Aunque las primeras novelas cortas mexicanas eran, en su inmensa mayoría, textos breves, de cuatro a siete mil palabras, muy pocas veces se les llamó *cuentos*. Se recurrió a varias expresiones para diferenciarlas de los dos géneros con los cuales colinda: *novelita*, *novelín*, *esbozo de novela*, *proyecto de novela*, *esquema de novela*, *tentativa de novela*, *ensayo de novela...*; Amado Nervo llama *novelín* a su relato "El diablo desinteresado". En las obras de José T. Cuellar hay "novelas y bocetos de ese género"; *En esta tierra*, "esbozos a la brocha por Z" (después conocida como *Perico de Arcadio Zentella*). Federico Gamboa publicó su colección de novelas cortas *Del natural* con la leyenda "esbozos contemporáneos". El término *esbozo* continuó en circulación un buen tiempo, y en 1919 todavía se recurría a él para indicar el género de la novela corta *Eugenia*, editada en Mérida. Y todavía después, en 1927, *La hermana impura* de José Manuel Puig fue llamada "esqueleto de novela".

Existió, pues, durante el siglo pasado, el problema de la denominación genérica, que otras lenguas y literaturas ya tenían resuelto. Con mucha anterioridad el francés acuñó —sobre el modelo del italiano *novella*— la palabra *nouvelle*, que el Marqués de Sade utilizó en *Les crimes de l'amour*, "*nouvelles héroïques et tragiques*", de finales del siglo xviii. El inglés formó la expresión *short novel*, en tanto que su correspondiente en español, *novela corta*, sólo apareció en la Península Ibérica, como en México, muy a finales del siglo xix, o justo al inicio del siglo xx. La palabra *noveleta*, sinónimo de novela corta, viene a resultar "inexistente", pues, a pesar de su frecuente uso literario, todavía no ha sido incluida en el *Diccionario de la Real Academia Española*, al menos hasta su edición de 1984.

Debido a la falta de un término preciso o de una denominación adecuada, la novela corta mexicana del siglo xix se publicó simplemente como “novela”: *La clase media* (“novela de costumbres mexicanas”, 1857), de Juan Díaz Covarrubias; *Tardes nubladas* (“colección de novelas”, 1871), de Manuel Payno; *Vulcano. Novela realista* (1882), de Hilarión Frías y Soto; *Los mariditos. Relato de actualidad y de muchos alcances* (1890), de José Tomás de Cuellar; *El bachiller. Novela* (1895), de Amado Nervo.

En algunas de estas novelas cortas, todas ellas ficciones de menos de cuarenta mil palabras, la denominación de “novela” podría justificarla el hecho de que hayan sido editadas en volúmenes de más de cien páginas, que algunos tratadistas —por ejemplo, Ralph Warner se vale de este criterio (xiv)— consideran la frontera entre la novela corta y la novela. Parecen no darse cuenta de algo muy obvio: los diversos tamaños de los tipos y las cajas de imprenta pueden hacer que dos ediciones distintas de un mismo texto sean muy diferentes en cuanto al número de páginas impresas que ocupan. Si el criterio del número de palabras (las famosísimas cincuenta mil) para deslindar una novela adolece de varias imprecisiones, el criterio de las cien páginas como mínimo resulta francamente inaceptable.

En el siglo pasado, la novela corta fue también —aunque en mucho menor medida— presentada como cuento: “El brindis de Navidad”, “cuento” de Manuel Sánchez Mármol, en *Álbum de Navidad*, de 1871, o los *Cuentos románticos* de Justo Sierra, en los que hay tres novelas cortas. Los que muy posiblemente sean los dos ejemplos mejor logrados de novela corta escritos en México durante el siglo xix fueron considerados, en el momento de su edición, como textos pertenecientes a otros géneros: “El pastor Corydón” de Manuel José Oihón fue presentado como una novela, en la colección de novelas rústicas del poeta potosino, que en realidad son cuentos o novelas cortas, y “La novela de un colegial” de Justo Sierra, fue incluida en el volumen de *Cuentos románticos* (1896) del maestro.

En las expresiones “novelita”, “esbozo de novela”, que empiezan a leerse por ahí de 1835 y abundan en la década 1840-1850, no deja de advertirse cierto desdén o la connotación de que la obra no es para tomarla muy en serio, acaso porque el género

novelesco, como la narrativa en su totalidad, gozaba de poco aprecio en la naciente república. A pesar de ello, muchos escritores, bastantes de ellos de renombre, cultivaron la novela corta desde los primeros tiempos de nuestra vida independiente. De los miembros de la Academia de Letrán, fundada en 1836, que proclamaba "su tendencia decidida a mexicanizar la literatura, emancipándola de toda otra y dándole carácter peculiar", no pocos escribieron novela corta. El abogado José María Lacunza, en cuyo cuarto del antiguo Colegio de San Juan de Letrán se llevaron a cabo las primeras reuniones de los jóvenes literatos en 1834, es autor de *Netzula*, que publicó con la firma de J. M. L.; Guillermo Prieto, otro de los cuatro iniciadores del grupo, junto con Juan Nepomuceno Lacunza y Manuel Tonia Ferrer, escribió, entre otras novelas cortas, *Manuelita* y *El marqués de Valero*, que publicó con su célebre alias "Fidel".

Entre los miembros de ingreso posterior se puede citar a José Joaquín Pesado, con *El inquisidor de México* y *Un amor frustrado*; a Fernando Calderón con *Mi paisano*; a Ignacio Rodríguez Galván con *Manolito el pisaverde*, *La procesión* y *La hija del oidor*; Ramón Isaac Alcaraz, con *La condesa de Peña Aranda*; José María Roa Bárcena con *La quinta modelo*, publicada por entregas en *La Cruz*, con el seudónimo "Anterior"; Justo Gómez de la Cortina, Conde de la Cortina, con *Euclea o La griega de Trieste. Fragmentos de una correspondencia particular*, *La calle de don Juan Manuel* y *Leona*; y, finalmente, al prolífico Manuel Payno. Como pudo observarse, varios de estos autores publicaron sus obras con seudónimos. A los casos citados arriba se pueden agregar Francisco Zarco, alias "Fortún", autor de una "novelita" didáctica llamada *La ocasión hace al ladrón*. Otros siguieron el ejemplo de J. M. Lacunza y firmaron con sus iniciales, como El Conde de la Cortina ("J. G. de la C"), quizá no muy convencidos de que sus nombres aparecieran en sus "pequeñas novelas" o "novelitas". Y eso no es todo: algunos autores ni siquiera firmaron sus novelas cortas con sus iniciales, sino que las publicaron sin nombre o pseudónimo. En los dos tomos que la Biblioteca de Autores Mexicanos de Agüeros dedica al género, aparecen quince novelas cortas, tomadas de revistas como *El Año Nuevo* y el *Ca-*

lendario de las Señoritas Mexicanas, cuyos autores prefirieron permanecer en el anonimato, por lo que la colección las presenta como obras "anónimas". Habían pasado más de cincuenta años desde su publicación en revista, y nadie había reclamado su autoría; nadie, tampoco, había cometido la indiscreción de señalar con el dedo a alguno de esos escritores.

En las historias de la literatura mexicana, como la de Carlos González Peña (1940) o la de María del Carmen Millán (1970), son excepcionales los casos en que se mencionan las novelas cortas de un autor del siglo XIX; o son presentadas como cuentos o novelas, o se las pasa en silencio, mientras que se hace una acuciosa relación de sus libros de poesía, teatro, ensayo, narrativa extensa. Otros autores de novelas cortas no sólo no aparecen en las historias de la literatura mexicana antes citadas, sino que tampoco se les consigna en el *Diccionario de Escritores Mexicanos*, sin duda, porque sus novelas cortas no fueron recogidas en libro, hecho que, a su vez, sugiere la poca estima en que se tenía el género.³ Tales son los casos, entre otros, de Félix María Escalante, miembro del Museo Hidalgo, quien escribió la novela corta *María*, publicada en la *Revista Científica y Literaria de México*, y de Juan N. Navarro, miembro de la Academia de Letrán, que publicó dos novelas cortas, *Margarita* y *La hija del cielo*, en *El Liceo Mexicano*, tres ejemplos de una lista que con facilidad puede llegar a la docena de nombres.

La novela corta fue escrita y publicada regularmente en México a partir del segundo tercio del siglo XIX, por una buena cantidad de escritores —no menos de cuarenta y cuatro—, entre los cuales se encuentran, como hemos visto, algunos de los principales autores del siglo pasado, que se distinguieron en campos tan diversos como el teatro o el periodismo. Debido a que la novela corta es un escrito que se caracteriza por su intensidad, no resulta extraño que un alto porcentaje de quienes cultivaron este género fueran poetas. Así, Amado Nervo escribió nueve novelas cortas, número sólo superado por prosistas tan prolíficos como Manuel Payno y José López Portillo y Rojas.

³ En la primera edición del *Diccionario*, por lo demás, no figura Arcadio Zentella, autor de *Perico*.

Cronológicamente, y según no pocas historias de la literatura mexicana, la primera novela corta escrita en México sería *Noches Tristes* (1818) de Joaquín Fernández de Lizardi, reeditada un año después como *Noches tristes y día alegre*, con la inclusión de un quinto segmento. Más que una obra narrativa, se trata de un conjunto de diálogos, inspirados en las *Noches lúgubres* de José Cadalso, cuya principal importancia residiría en el hecho de que en ellos por primera vez se manifiesta la influencia del Romanticismo europeo entre nosotros. El Romanticismo será la gran fuerza, el irresistible impulso que provoque y teja las tramas de las novelas, las novelitas y los “novelines” que a poco empezarán a leerse por doquier. Inmediatamente después de *Noches...*, Fernández de Lizardi escribió *La vida y hechos del famoso caballero D. Catrín de la Fachenda*, su mejor trabajo novelístico y muy posiblemente la primera novela corta mexicana. Lizardi la concluyó en 1820, pero no se preocupó por publicarla, a pesar de su prestigio como escritor y novelista, lo que muestra una vez más la poca estima en que se tenía a las “novelitas”. No fue hasta 1832, cinco años después de la muerte del Pensador Mexicano, que la obra fue conocida por el público. Como su antecedente, el Periquillo, don Catrín es un pícaro, aunque de clase alta, de altos vuelos. Por lo menos, eso intenta: convertirse en todo un señor que se codea con lo mejor de la sociedad y lleva una existencia de *bon vivant* sin tener los medios económicos ni la educación para serlo. Disfrutar de la existencia sin tener que trabajar es el objetivo del catrín, y emplea toda suerte de trucos y artimañas para conseguirlo. Desde el punto de vista literario, *Don Catrín de la Fachenda* es el mejor trabajo de Fernández de Lizardi, su obra más lograda, por la sencilla razón de que en ella se dedica a narrar, a referir una historia, haciendo a un lado sus afanes moralizantes. De esta forma, lo que pudo haber sido una novela soporífera resultó ser una muy amena novela corta.

Tras la aparición de *Don Catrín*, bastantes autores se animaron a recorrer el camino iniciado por Fernández de Lizardi. Entre 1832 y 1850 por lo menos treinta autores publicaron “novelitas” en el naciente y convulsionado México. A esa treintena de nombres hay que agregar aquellos escritores que, como no pocos

miembros de La Academia de Letrán, firmaron sus obras con sus iniciales ("La lugareña", "Ernestina" y "En un cementerio" fueron escritas por "I. G." y "Una boda en una noche de norte" por "V.") o decidieron permanecer en el anonimato total.

Nada raro sería que detrás de esos anónimos se escondieran una o varias mujeres, como la misteriosa "Ella" que publicó algunos novelines en *El Álbum Mexicano*, por ahí de 1843. El público del género fue básicamente femenino —los autores se dirigen a "la amable lectora", a sus "lectoras"—, y el paso del tiempo ha demostrado que las mujeres pueden ser excelentes narradoras, escritoras de primer nivel y que, en otro orden, son magistrales en el manejo del melodrama. Por lo menos una de esas mujeres se decidió a "dar la cara" y publicar con su nombre: María de la Salud García firmó su "novelita" "Doña Luisa", que apareció en dos entregas en *La semana de las señoritas mexicanas*, una publicación que está llena de colaboraciones anónimas, muchas de ellas sin duda debidas a mujeres.

El narrador más importante en este periodo inicial de la novela corta mexicana es Manuel Payno, que se estrenó como narrador publicando "María", una "novelita", en *El Año Nuevo* de 1839. Payno cultivó este género entre 1838 y 1844, de los 28 a los 34 años, justo en el paso de la juventud a la madurez. Como la inmensa mayoría de sus contemporáneos, se valió de la novela corta para "soltar la pluma" y realizar sus primeras obras narrativas. Las escribió en el norte del país, cuando trabajaba en la aduana marítima de Matamoros. Si el Payno extenso es costumbrista, el Payno autor de novelas cortas es romántico, con claras influencias dramáticas —recuérdese que antes de ser novelista publicó poemas y piezas teatrales. Escribió dieciséis novelas cortas, todas ellas reunidas por Victoriano Agüeros en el número 36 de su Biblioteca de Autores Mexicanos, fechado en 1902. Acaso la mayor virtud de este Manuel Payno autor de novelas cortas sea que, quizá obligado por la brevedad del género nunca cae en las enormes digresiones que tanto afectan a sus novelas largas.

Después de Manuel Payno, el escritor más prolífico de este periodo inicial de la novela corta en México es Eufemio Romero. Al menos escribió diez de estas obras. Romero es un ferviente

católico, pero sobre todo es un patriota, un mexicano convencido de la grandeza de su patria recién liberada. Encarna vivamente el sentimiento nacionalista que se advierte en las novelas cortas de toda nueva nación. Hombre orgulloso de ser mexicano, Eufemio Romero ve la Independencia como una bendición y fustiga a los notables que pugnaban por instituir una monarquía en México. En las siete novelas cortas suyas que recoge Victoriano Agüeros, se advierte que sus primeras obras son textos sumamente esquemáticos, con un estilo telegráfico, en el que más que narrar se traza un esbozo de acciones y personajes. Lo mismo ocurre en varios textos que fueron publicados anónimamente por esa época. Quizá de allí provenga la expresión "esbozo de novela". Conviene citar un fragmento de "Los ojos y el corazón", novela corta dividida en ocho diminutos capítulos. Éste corresponde al inicio del número V:

Las cosas estaban muy adelantadas y sobre todo muy empeñadas.

La correspondencia entre Anastasia y su amante había llegado a tomar una actividad extraordinaria.

Anastasia, sin embargo, tuvo una vez uno de aquellos inevitables e irreparables descuidos que despiertan la adormecida atención de las madres, poniéndoles en las manos, por medio de un papel escrito, el hilo del negocio (Romero 155).

Durante su desarrollo como escritor, Eufemio Romero fue produciendo paulatinamente textos más complejos y mejor contruidos, no exentos de tremendismo. Entre sus esbozos iniciales y novelas cortas como "La adivinación" y "El paroxismo" se observa un progreso innegable, aunque no por ello se le mencione siquiera una vez en alguna de las historias de la literatura y de la novela mexicana del siglo pasado. Tal destino lo compartirán, como muchos de los cultivadores de este género literario, sus compañeros en el segundo tomo de la Biblioteca de Autores Mexicanos dedicado a las novelas cortas mexicanas: Luciano Muñoz, M. Trejo y Miguel Martel, entre otros ilustres desconocidos.

En este volumen sobresale "Una boda en una noche de norte", escrita en 1844 por un tal "V". El texto se ciñe escrupulosamente a los cánones de las mejores novelas cortas: sucede en un lapso

de tiempo breve, una sola noche, y tiene un desenlace dramático, trágico. Un jinete cabalga por la costa, cerca de Alvarado. La inminencia de un viento "norte" lo obliga a detenerse y así asiste a una boda. No bien acaba la ceremonia cuando se desata el norte, que amenaza con hundir a una embarcación, que emite desesperadas llamadas de auxilio. Los lugareños acuden a prestarles ayuda; entre ellos va el recién casado, quien cae a las aguas turbulentas durante las maniobras de rescate, donde es presa de una tintorera. Sus paisanos se dan cuenta de ello cuando pescan al escualo y lo abren en canal. María, su esposa, al ver la cabeza de su amado Eusebio enloquece y al poco muere.

La primera novela corta mexicana tiene dos grandes temas, ambos dictados por la época: el amor y el nacionalismo. Los autores de "novelitas" son románticos y patriotas, aunque en el cultivo de otros géneros manifiesten otros credos e ideologías. El amor está presente en todas las novelas cortas de este periodo; constituye el principal impulso para las acciones. Los grandes amores abundan en estos relatos, cuyas heroínas apenas rebasan los quince años y con mucha frecuencia, al no poder cristalizar sus anhelos, ingresan en un convento. Son, como la Ángela creada por Ramón de la Sierra, creaturas "predestinadas para el sufrimiento". Menos abundantes son los casos de aquellas que, como las heroínas de un tal "I. G.", deben sufrir un poco antes de lograr la felicidad... Exigencias de la época, del género y, claro, del folletín.

La novela corta de inspiración romántica gozó de una larga vida en nuestras letras del siglo pasado, aunque su longevidad no tuvo correspondencia en su calidad. La inmensa mayoría de las novelas cortas mexicanas de tono romántico poseen poco valor literario. Una buena parte de ellas son obras de principiantes, como es el caso de *¡Pobre bebé!*, de Francisco M. de Olaguíbel (1874-1924), ganadora de un concurso literario convocado por *El Universal* en 1894. Su autor la llama con toda certeza un "esbozo de novela", pues se trata de una novela escrita a medias. Al leerla, uno no puede dejar de preguntarse qué clase de engendros se presentaron a dicho concurso, ya que en la obra premiada (cuya protagonista muere por falta de amor) es imposible encontrar logro literario alguno.

El nacionalismo encontró un amplio campo de expresión en la novela corta (ver arriba la cita de Étiemble). No son pocos los textos cuya acción se desarrolla durante la gesta libertaria — “Juan de Escobar”, “Un rasgo en la vida de Trujillo”, de autores desconocidos, y “Ángela” de Mariano Navarro—; otros más se refieren a las luchas civiles de 1840, como “Una pasión” de Domingo Revilla. En estos textos la vena nacionalista convive con el aliento romántico.

Las obras más interesantes de este periodo de la novela corta mexicana son las de carácter histórico, que sondean el pasado colonial, sin que falte alguna incursión por el mundo prehispánico. El erudito don Justo Gómez, Conde de la Cortina, estudioso de la historia y la lingüística, es el iniciador de este tipo de narrativa con “La calle de Don Juan Manuel. Anécdota histórica del siglo xvii”, publicada en 1835, año en que fueron dadas a la imprenta las primeras “novelitas” mexicanas. Se dice que el Conde vivió en la calle de Don Juan Manuel y que, apoyado en documentos virreinales, citados al final de la primera publicación del relato en la *Revista Mexicana*, dio forma a la leyenda del mismo nombre, cuyo momento culminante sucede cuando, a las once de la noche, un caballero le pregunta a un transeúnte la hora. Éste le contesta, y entonces don Juan Manuel le clava un puñal en el pecho, al tiempo que le dice: “dichoso usted que sabe la hora en que muere” (Gómez 553). Don Justo escribió otras novelas cortas, como la ya citada “Leona”, y un curioso “Manuscrito hallado en los archivos de un hospital de dementes”.

En “El inquisidor de México”, José Joaquín Pesado se ocupa de una de las más poderosas y polémicas instituciones de la Colonia: la Santa Inquisición. Relata la historia de dos jóvenes judíos que quieren huir de la Nueva España, para escapar de la persecución del Santo Oficio. No lo consiguen y son juzgados y condenados. Pesado presta mucha atención al juicio y, sobre todo, a la ejecución en la hoguera.

En su vasta obra, Guillermo Prieto se dio tiempo para cultivar la narrativa, que publicó con el seudónimo “Fidel”. “El marqués de Valero” narra el abuso que el virrey de la Nueva España en 1717, el marqués de Valero, comete en la persona de Lucecita, la

linda esposa de un capitán, Camacho, a quien seduce mientras, para asegurarse una total libertad de acción, hace que el militar sea injustamente encarcelado en San Juan de Ulúa. El aspecto más interesante de esta novela corta es la locura de Camacho, quien recorre las calles de la capital de la Nueva España seguido por el populacho.

Ignacio Rodríguez Galván, considerado el primer poeta romántico, que murió de fiebre amarilla o vómito negro en La Habana, escribió dos novelas cortas que suceden en la época colonial: "La hija del oidor" y "El visitador". La segunda fue publicada como obra de autor anónimo, y así la incluye Agüeros en el número 33 de su Biblioteca de Autores Mexicanos. Extrañas razones debió tener Rodríguez Galván para no firmarla, pues se trata de un texto espléndido, con esa intensidad propia del género, que lo acerca a la tragedia y a la poesía. Muñoz, visitador real, es un prepotente que abusa de su puesto para interponerse entre Ana y Quesada, enamorados a punto de contraer matrimonio. El poeta en funciones de narrador traba muy bien su relato, cuyas partes engarza sólidamente. La acción, muy esquemática, casi teatral, gira en torno a Ana, la hermosa joven, y tiene un final sorprendente, ya que Muñoz, el visitador, muere de un ataque de ira después de que Felipe II lo reprende. En otras historias de la época, como "El marqués de Valero", los españoles hacían y deshacían a su antojo, con una impunidad total.

José María Lacunza se asoma a la época de la conquista en *Netzula*. De tono intimista y trágico, esta novela corta refiere el autosacrificio de Netzula, hermosa hija de Ixtlou, anciano y glorioso guerrero indio, en los momentos en que las espadas españolas siegan las vidas de sus seres queridos y consuman la caída del mundo azteca. La tragedia colectiva adquiere tintes románticos cuando la bella joven decide inmolarsse en una roca.

A mediados del siglo XIX la novela corta se había revelado como un género popular, pleno de cultivadores. Tan sólo quince años se habían necesitado para que en México se produjeran novelas cortas dignas de ser tomadas en consideración. Ya hemos visto que el más prolífico narrador mexicano de ese siglo, Manuel Payno, había iniciado su carrera de novelista escribiendo más de

una docena de ellas. Esos inicios de su monumental obra prelu-
diaron la aparición del primer especialista del género: el lacrimó-
geno Florencio M. del Castillo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ANÓNIMO. "El crucifijo de plata." En *Novelas cortas* 2: 329-367.
- —. "Ricardo y Laura." En *Novelas cortas* 2: 369-391.
- ÉTIEMBLE. *Ensayos de literatura (verdaderamente) general*. Trad. Roberto Yahni. Col. Perfiles. Madrid: Taurus, 1977.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, JOSÉ JOAQUÍN. *La vida y hechos del famoso caballero D. Catrín de la Fachenda*. Ed. y pról. Jefferson Rea Spell. Col. Escritores Mexicanos 81. 8ª ed. México: Porrúa, 1991.
- GÓMEZ, JUSTO. "La calle de Don Juan Manuel." *Revista Mexicana* 1.5 (1835): 551-560.
- GONZÁLEZ PEÑA, CARLOS. *Historia de la literatura mexicana*. 2ª ed. México: Cultura y Polis, 1940.
- LACUNZA, JOSÉ MARÍA. *Netzula*. En Miranda Cárabes. 127-148.
- MILLÁN, MARÍA DEL CARMEN. *Literatura mexicana*. 5ª ed. México: Esfinge, 1970.
- MIRANDA CÁRABES, CELIA. *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*. Col. Nueva Biblioteca Mexicana 96. México: UNAM, 1985.
- Novelas cortas*. Vol. 2. Biblioteca de autores mexicanos 37. México: Victoriano Agüeros, 1901.
- PACHECO, JOSÉ. *El criollo*. En Miranda Cárabes. 243-264.
- PESADO, JOSÉ JOAQUÍN. "El inquisidor de México." En Miranda Cárabes. 201-222.
- PRIETO, GUILLERMO ("FIDEL"). "El marqués de Valero." En Miranda Cárabes. 171-183.
- RODRÍGUEZ GALVÁN, IGNACIO. "El visitador." *Manolito el Pisaverde y otros cuentos*. México: INBA / SEP / Premià, 1985. 83-92.
- ROMERO, EUFEMIO. "Los ojos y el corazón." En *Novelas cortas* 2: 147-159.
- V. "Una boda en una noche de norte." En *Novelas cortas* 2: 435-449.
- WARNER, RALPH E. *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*. México: Robredo, 1953.